
Tobias HOFFMANN, *Free Will and the Rebel Angels in Medieval Philosophy*, Cambridge: Cambridge University Press, 2021, xiv + 292 pp., 15 x 23, ISBN 978-11-071-5538-1.

Tobias Hoffmann es un autor bien conocido por quienes estudian el pensamiento latino de los siglos XIII-XIV, y en particular por quienes se han ocupado, dentro de ese periodo, en cuestiones relacionadas con la libertad. De hecho, en esta monografía desemboca un esfuerzo de investigación que comienza en los años noventa del siglo pasado. Lo que en ella se propone es «discutir las teorías sobre la voluntad libre propuestas por autores que pertenecen a la tradición latina en los primeros cien años desde la recepción de la teoría de la acción de Aristóteles» (p. 1). Como es sabido, la recepción en ese ámbito, a inicios del siglo XIII, de la obra del Estagirita supuso un giro psicológico en el estudio de la libertad, con un notable enriquecimiento, en particular, de los estudios de psicología moral. Hoffmann estudia con detalle los autores que van de Tomás de Aquino a Guillermo de Ockham, atendiendo también a algunos teólogos anteriores, bien porque ofrecen un marco al estudio, bien porque son *auctoritates* con las que contaron quienes escribieron después.

El libro se estructura en tres partes, en torno a tres grandes temas: la libertad, el origen (o la causa) del mal y el pecado angélico. En realidad, en la lectura del texto se descubre que la gran división se encuentra entre una primera y larga exposición de las distintas concepciones de la libertad (desde Anselmo de Canterbury hasta Guillermo de Ockham), y la exposición de algunas problemáticas específicamente cristianas, que sirvieron de piedra de toque y ayudaron a depurar –y afilar– la filosofía de la libertad. Estas cuestiones, que tienen su origen en la revelación judeo-cristiana y que era preciso justificar en el marco de una psicología de base aristotélica, son: el origen del mal en un mundo que fue creado bueno (y en una libertad que fue creada buena y sin falla); el caso particular del pecado de los ángeles, criaturas espirituales que gozaban de un conocimiento perfecto; la obstinación en el mal de los ángeles caídos, que parece contradecir la libertad que habían tenido para apartarse de Dios.

La primera parte, centrada en la libertad, comienza con la exposición de las posturas de Anselmo de Canterbury y Bernardo de Claraval, que desarrollaban el tema sin el andamiaje aristotélico posterior. Hoffmann expone a con-

tinuación lo que supuso la llegada de Aristóteles, señalando el modo en que lo hizo: mediado primero por el pensamiento de Juan Damasceno y, más tarde, condicionado por algunas opciones de traducción, que introdujeron elementos de *voluntad* en una teoría de la acción más bien marcada por la deliberación y el deseo. A fin de cuentas, el pensamiento cristiano no podía renunciar a la afirmación de la libertad, que hace posible el mérito o demérito, el premio o el castigo, pero también la conversión y el cambio de vida (cuestiones ajenas a la filosofía del de Estagira).

Afronta a continuación los primeros autores que asumen la doctrina de Aristóteles y realizan el giro psicológico. Guillermo de Auxerre introduce la cuestión por la *ratio libertatis*, y Felipe el Canciller coloca la discusión sobre la libertad, no en el marco del estudio del pecado, sino en el de las potencias del alma. Tras una exposición conjunta de la *Summa Halensis* y el pensamiento de Alberto Magno y Buenaventura de Bagnoregio, Hoffmann se detiene en la propuesta de Tomás de Aquino, que trata con cierto detalle.

El siguiente giro importante responde a las condenas parisinas de 1270 y 1277, que significaron una llamada de atención sobre el riesgo de caer en afirmaciones contrarias a la fe cristiana (entre otras cosas, por la negación de la libertad). La respuesta a las condenas fue múltiple. Por una parte, una afirmación del papel de la voluntad, especialmente en la obra de Enrique de Gante. En ese sentido fue también importante –aunque escribiera lejos de París, en parte ajeno al ambiente generado por las condenas– la postura de Pedro Olivi, que influyó en autores posteriores y adelantó cuestiones actuales (como su afirmación de que la libertad constituye lo más propio de la personalidad). Por otra parte, una reafirmación –aunque matizada– de la prioridad de la inteligencia, especialmente en Godofredo de Fontaines; y finalmente, una propuesta de vías intermedias.

El quinto y último capítulo de esta primera parte consiste en la exposición de algunas teorías que intentan afinar las explicaciones anteriores. En particular, Duns Escoto corrige y desarrolla el voluntarismo de Enrique de Gante, mientras Juan de Pouilly o Pedro Auréolo proponen nuevas teorías intermedias. Además del valor de sus explicaciones en el ámbito de la psicología moral, es interesante la creciente valoración que hacen estos autores de la libertad y las indicaciones que aparecen sobre el esfuerzo de buscar su fundamento –más allá de su consideración como potencia– en la sustancia misma del alma (cfr. p. 151). Por otra parte, es interesante señalar que, para todos ellos, tan importante como la defensa de la libertad y el rechazo del determi-

nismo, era la afirmación de que la perfección de la libertad se encontraba en el amor de lo bueno. De otro modo, ¿cómo podría afirmarse de Dios?; y, por otra parte, ¿cómo cabría defender la existencia de un premio o un castigo? En ese sentido, es importante también la postura del pensador que cierra el capítulo, Guillermo de Ockham, quien, al desgajar enteramente la voluntad libre del bien, aparece para Hoffmann como el primer autor que entra ya en la perspectiva propia de la época moderna.

Los caps. 6 a 10, en los que se despliegan la segunda y la tercera parte del libro, se centran en el estudio de problemas que plantea la revelación cristiana a la filosofía. De ahí que Hoffmann comience por dos autores que constituirán *auctoritates* innegables para los maestros cristianos: Agustín de Hipona y el Pseudo-Dionisio. Aunque no siempre se les leyó según su sentido original, constituyen dos puntos de referencia de los que los autores medievales se separarán con dificultad. (De hecho, sería interesante estudiar de qué modo una lectura más fiel de las obras de Agustín permitiría dar una respuesta más ajustada a algunas de las cuestiones que se exponen en el texto).

La consideración del origen (o la causa) del mal se estructura de modo cronológico y teniendo en cuenta, primero, el peso relativo de los elementos propios del pensamiento aristotélico y, después, la cercanía (o distancia) de la explicación tomasiana.

En realidad, las diferencias mayores se presentarán a propósito del pecado de los ángeles y de su obstinación. Aquí Hoffmann se decanta por una exposición ordenada según las grandes líneas que definió en la primera parte: explicaciones intelectualistas (entre las que incluye a Tomás de Aquino, aun señalando su peculiaridad); explicaciones voluntaristas y posturas intermedias. Es preciso no perder de vista que algunos de los elementos más importantes de las explicaciones que ofrecen ciertos maestros en relación con la libertad se encuentran en esta parte del estudio. Así, por ejemplo, la doctrina de las *affectiones*, que Escoto toma de Anselmo y desarrolla a su manera.

El último capítulo del libro está dedicado a la cuestión de la obstinación de los ángeles. Ockham, del que habíamos perdido la pista tras el final de la primera parte, reaparece aquí, de nuevo, con una postura novedosa y radical. El lector se pregunta por qué no se consideró su propuesta a propósito del origen del mal, pero tal vez el motivo sea el mismo que explica su ausencia al estudiar el pecado de los ángeles (cfr. p. 219).

La conclusión del volumen es tan breve como enjundiosa. No se limita a trazar en modo sinóptico la parábola que van trazando las distintas explica-

ciones a lo largo de los cien años que son objeto de estudio, sino que apunta también las dificultades que debe afrontar una filosofía cristiana a la hora de explicar la acción libre, dejando claros cuáles son los elementos irrenunciables de una propuesta de ese tipo. Hoffmann subraya la idea de que todos los teólogos cristianos afirman la libertad en el control de las elecciones. Señala también el empeño de todos ellos por reconciliar el control y la racionalidad de los propios actos, y finalmente sostiene que, en realidad, no pueda llegar a darse una justificación plena y exhaustiva de la acción en términos meramente racionales. En efecto, quizá la principal conclusión a la que llega el texto es que todos los autores estudiados –incluso quienes proponen teorías de corte intelectualista–, al afirmar que las criaturas racionales controlan su elección, terminan reconociendo un cierto carácter primero o primordial (*primitive*) a ese control. Buscando la causa de una elección se acaba llegando a una persona, que ha decidido una cosa u otra. Como había señalado ya en otro pasaje: «El mal moral escapa a la plena inteligibilidad. Como acto intencional, una elección mala se toma por una razón, y sin embargo permanece últimamente inexplicable» (p. 195); es, en otras palabras, «un mero hecho (*a bare fact*) expresado en lo que Escoto llama una proposición contingente inmediata» (p. 265).

El estilo de Hoffmann es sintético, incluso tácito en ocasiones. Eso hace que el volumen, dentro de su amplitud y su carácter técnico, sea manejable y pueda servir como introducción al estudio de la libertad en los siglos XIII-XIV. Tal vez la voluntad de ofrecer un libro de ese estilo explique que se haya preferido omitir –con no muchas excepciones– la exposición de los textos en la lengua original. A la vez, se trata de una obra relevante para investigadores y expertos en la materia, que verán reflejados en ella muchos de los debates actuales, así como las posturas propias de su autor sobre ciertas controversias. De hecho, Hoffmann entra en algunas ocasiones en afirmaciones de detalle, de tipo histórico o de crítica textual, acudiendo a referencias eruditas. Otras veces, en cambio, la exposición necesariamente breve, casi telegráfica, hace que algunas cuestiones no reciban un tratamiento tan extenso como tal vez merecerían. Es el caso, por ejemplo, del papel relativo de inteligencia y voluntad como causa del acto libre en el pensamiento de Duns Escoto (un debate que, por lo demás, el autor conoce con detalle); de igual modo, no entra a distinguir en la exposición del Sutil, el acto por el que Dios se ama a sí mismo, de aquel por el que espira el Espíritu Santo; ni recoge el sorprendente ejemplo de la libertad de quien se lanza de un balcón. Señalo estos ejemplos,

en la exposición –especialmente lograda– sobre Escoto, por ser un autor que conozco algo mejor. Entiendo que sucederá lo mismo a la hora de exponer otros. Lógicamente, una monografía no puede ser exhaustiva respecto de todos los pensadores que repasa. En cada uno de ellos importa la presentación general, la respuesta a algunos debates contemporáneos, y su lugar relativo en el conjunto de los otros pensadores estudiados.

En términos generales, es preciso reconocer que se trata de una obra importante. Hoffmann recoge y presenta de modo ordenado muchos estudios y debates que están vivos en el mundo académico. De ese modo, logra ofrecer una visión histórica de conjunto –actualizando así la que ofreció O. Lottin– que resultará muy aprovechable también en el ámbito de la reflexión sistemática.

Lucas BUCH
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.55.1.219
